

## El campo de los muertos

Á las grandes borrascas sucede siempre la calma, calma espantosa, pero reparadora.

Eran como las dos de la mañana, grandes nubes blancas corriendo sobre París, dibujaban con rasgos enérgicos, bajo una luna pálida, las desigualdades de este terreno funesto, en cuyos fosos había caído y hallado la muerte el gentío que huía.

Acá y acullá, al resplandor de la luna, perdida de vez en cuando en el seno de aquellas grandes nubes de que hemos hablado, y que tamizaban su luz, aparecían en el borde de los declives de las barrancas cadáveres con vestidos en desorden, las piernas tiesas, la frente lívida, los brazos tendidos en señal de terror ó de súplica.

En medio de la plaza, una humareda amarilla é infecta, saliendo de los escombros de los andamios, contribuía á dar á la plaza de Luis XV la apariencia de un campo de batalla.

En medio de esa plaza sangrienta y desolada, serpenteaban misteriosamente y con rápido paso unas sombras que se paraban, miraban en torno suyo, bajábanse y huían: eran los ladrones de la muerte, atraídos hacia su presa como cuervos, que, no habiendo podido despojar á los vivos, venían á despojar á los muertos, muy sorprendidos de habér-

seles anticipado algunos de sus cofrades. Veíaseles desaparecer descontentos y asustados á la vista de las tardías bayonetas que los amenazaban; pero, en medio de aquellas largas filas de muertos, los ladrones y la ronda no eran los únicos que se veían moverse; pues había allí gentes provistas de linternas, á quienes se podía tomar por curiosos.

¡Tristes curiosos, ay! porque eran los parientes y los amigos inquietos que no habían visto volver á casa á sus hermanos, ni á sus amigos ó sus queridas. Llegaban de los barrios más distantes, porque ya se había esparcido por París la horrible noticia, desoladora como un huracán, y las ansiedades se habían convertido de súbito en pesquisas.

Era un espectáculo espantoso el de aquella catástrofe.

Pintábanse en aquellos rostros pálidos todas las impresiones, desde la desesperación de los que hallaban el cadáver muy amado, hasta la sombría duda del que nada hallaba, y que echaba una mirada ávida hacia el río que corría monótono y estremeciéndose.

Se decía que ya se habían arrojado al río muchos cadáveres por el preboste de París, que, culpable por su imprudencia, quería ocultar aquel número espantoso de muertos causado por su imprudencia.

Luego, cuando aquellas personas inquietas han saciado su vista de aquel espectáculo estéril; cuando, mojados sus pies por el agua del Sena, han empapado su alma de esa última angustia que consigo arrastra la corriente nocturna de un río, marchan con la linterna en la mano á explorar las calles contiguas á la plaza donde, se decía, se habían arrastrado muchos heridos en busca de socorro, ó á lo menos para huir del teatro de sus padecimientos.

Y al descubrir, por desgracia suya, entre los cadá-

veres al ansiado objeto, al perdido amigo, mil gritos de dolor suceden á la desgarradora sorpresa, y los sollozos de un punto responden envueltos en tristísimas quejas á otros sollozos.

Á veces resuenan en la plaza ruidos súbitos: una linterna cae al suelo y se rompe; el que la lleva, un hombre vivo, se arroja desesperado sobre un muerto para abrazarle por última vez.

Pero en aquel vasto cementerio se escuchan otros lamentos que laceran el alma.

Algunos heridos, cuyos miembros se han roto al caer, cuyos pechos ha herido el acero ó aplastado la multitud, exhalan un grito ó un gemido semejante á una súplica ó una imprecación, y al punto vuelan allí los que esperan encontrar á sus amigos, y que se alejan al reconocer su equivocación.

Sin embargo, hacia un extremo de la plaza, cerca del jardín, se organiza con todo el entusiasmo de la caridad popular un hospital ambulante. Un cirujano joven, pues por tal lo señala la profusión de instrumentos que le rodea, manda que le lleven todos los heridos de ambos sexos, les hace la primera cura, y al vendarles las heridas les dirige palabras que más bien revelan odio á la causa de su infortunio que compasión por los efectos que ha producido.

Sin descansar un momento grita á sus dos ayudantes, mozos robustos, que le hacen pasar la sangrienta revista: — ¡ Las mujeres del pueblo, los hombres del pueblo; he aquí lo que habéis de preferir! Los podéis reconocer fácilmente, pues siempre salen más heridos que los demás, y están mucho peor vestidos.

Al escuchar estas palabras repetidas á cada cura con estridente monotonía, un joven pálido, que rebuscaba entre los cadáveres con un farol, levanta la cabeza por segunda vez

De una ancha herida que le coge toda la frente emanan todavía algunas gotas de sangre cárdena; uno de sus brazos se ve sostenido por su levita, que lo sujeta entre dos botones; su rostro cubierto de frío sudor revela una emoción incesante y profunda.

Levantó, como queda dicho, por segunda vez la cabeza al llegar á sus oídos la recomendación del cirujano, y mirando con tristeza sus miembros mutilados, que aquel parecía contemplar casi con delicia, le dijo:

— ¡ Por qué andáis escogiendo entre las víctimas?

— ¡ Oh! contestó el cirujano irguiendo la frente al oír que se le interpelaba, porque nadie cuidará de los pobres si yo no pienso en ellos, y porque los ricos tienen muchas personas que vengan á buscarlos. Bajad vuestra luz, examinad el suelo, y estoy seguro de que en él encontraréis cien pobres por un rico ó un noble. También en esta catástrofe, por una felicidad que acabará por cansar al mismo Dios, los nobles y los ricos han pagado el tributo que ordinariamente se les exige; uno por mil.

El joven levantó el farol á la altura de su ensangrentada frente, y dijo sin irritarse:

— Es decir, que yo, caballero perdido como tantos otros entre la multitud, herido en la frente por una coz de caballo, y con el brazo izquierdo roto por haber caído al foso, soy el único que aquí es rico y noble, aunque corren en busca de los ricos y los nobles. Sin embargo, ya veis que nadie viene á buscarme, ya veis que no estoy vendado siquiera.

— Sin duda tenéis un palacio y un médico; id á vuestra casa, ya que podéis andar.

— No solicito vuestros cuidados; busco á mi hermana, hermosa joven de diez y seis años, que sin duda ha perecido, aunque no es hija del pueblo. Lle-

vaba vestido blanco y una gargantilla con su cruz al cuello : así, aun cuando mi pobre hermana tenga un palacio y un médico, decidme por piedad, ¿ habéis visto á esa joven que ando buscando ?

— Caballero, respondió el cirujano con vehemencia febril, prueba de que las ideas que expresaba bullían hacia tiempo en su corazón y en su mente, la humanidad es mi guía : por ella me sacrifico, y cuando deo en el lecho de muerte á la aristocracia para acudir al auxilio del pueblo que padece, obedezco y cumplo la ley verdadera de esa humanidad, que es mi diosa. Todas las desgracias que hoy deploramos provienen de vosotros, de vuestros abusos, de vuestra altanería; sobrellevad, pues, con humildad las consecuencias. No, caballero, no he visto á vuestra hermana.

Después de un apóstrofe tan aterrador, el facultativo prosiguió su tarea, pues acababan de llevarle una pobre mujer, á la que una carroza había roto ambas piernas.

— Escuchad, añadió persiguiendo con sus gritos á Felipe, que huía de su lado. ¿ Son por ventura los pobres quienes arrojan en medio de los regocijos públicos sus carruajes para que rompan las piernas á los ricos ?

Felipe, que pertenecía á la nobleza que produjo los La Fayette y los Lameth, habia profesado más de una vez las mismas máximas que le asustaban en boca de aquel facultativo, y su aplicación cayó sobre él como un castigo.

Alejóse con el corazón desgarrado del hospital improvisado con objeto de proseguir su melancólica exploración, y poco después, cediendo al impulso de su dolor, exclamó bañado en lágrimas y con desesperado acento :

— ¡ Andrea ! ¡ Andrea !

Al mismo tiempo pasaba inmediato á él con precipitados pasos un hombre ya anciano, vestido con levita gris y medias negras, apoyando su mano derecha en un bastón y llevando en la izquierda una linterna formada de una mecha de algodón envuelta en un cucurucho de papel untado de aceite.

Al oír los sollozos de Felipe, conoció aquel hombre todo lo que debía sufrir, y murmuró sin poder contenerse ;

— ¡ Pobre joven !

Mas como le pareció que habia acudido allí por un motivo semejante al suyo, pasó adelante; pero arrepintiéndose de haber presenciado tan intenso dolor sin haber procurado prestarle el menor consuelo, se detuvo y dijo al joven :

— Permitidme que mezele á vuestra tristeza la mía propia, pues los que se ven heridos por un mismo golpe deben apoyarse mutuamente para no caer. Además... podéis serme útil; veo que hace tiempo estáis aquí rebuscando, porque vuestra luz está casi consumida, y por lo tanto debéis conocer los sitios más funestos de la plaza.

— ¡ Ah ! es cierto; los conozco.

— Yo también busco á una persona.

— Dirigíos pues desde luego al foso grande, porque en él encontraréis más de cincuenta cadáveres.

— ¡ Cincuenta ! ¡ Justo cielo ! ¡ Tantas víctimas inmoladas en medio de una fiesta !

— ¡ Tantas víctimas, decís ! ¡ Ah, señor ! he iluminado ya mil rostros con esta linterna, sin haber encontrado á mi hermana.

— ¿ Vuestra hermana ?

— Estaba allá abajo, en aquella dirección, y la he perdido al lado de un banco; he vuelto á él, y lo he reconocido, pero no he podido hallar la menor huella

de la que busco. Ahora voy á principiar de nuevo mis pesquisas, comenzando desde el primer bastión.

— ¿Hacia qué lado se dirigía la multitud, caballero?

— Hacia los nuevos edificios, hacia la calle de la Magdalena.

— Es decir, hacia ese lado.

— Eso es; por eso la he buscado por ahí, pero los remolinos y oleadas de la gente han frustrado mis esfuerzos: en seguida me he hecho cargo de que si bien el tumulto ha debido arrebatarla, no es menos cierto que una joven extraviada pierde la cabeza, ignora adónde va y sólo procura huir en todas direcciones.

— Es poco probable que ella haya podido contrarrestar á la multitud: voy á recorrer las calles, seguidme, y tal vez los dos unidos lograremos encontrar.....

— Y vos ¿á quién buscáis? ¿Á vuestro hijo por desgracia? preguntó Felipe con timidez.

— No, señor, á un joven que casi había adoptado.

— ¿Le habéis dejado venir solo?

— ¡Oh! tiene ya de diez y ocho á diez y nueve años: se ha empeñado en asistir á la fiesta, y como es dueño de sus acciones, no he podido impedirselo. Por otra parte ¿quién había de presumir tan horrible catástrofe?..... Pero vuestra luz se apaga.....

— Es verdad.

— Vamos, venid conmigo y os alumbraré.

— Os doy las gracias, pero temo cansaros.

— ¡Oh! nada temáis, supuesto que yo también necesito hacer pesquisas. El pobre joven se retiraba con la mayor exactitud, prosiguió el anciano al paso que se internaba en las calles, pero esta noche me asaltó una especie de presentimiento: le esperaba y

eran las once cuando mi mujer supo por una vecina los desastres de la fiesta. He aguardado hasta las dos, figurándome que el joven volvería á casa, pero desengañado al fin he creído que sería indigno de mi carácter acostarme sin saber su paradero.

— ¿Conque os parece debemos dirigirnos hacia las casas? preguntó el joven.

— Sí, supuesto que, como habéis dicho, la multitud ha cargado hacia ese punto, lo cual no admite la menor duda: allí habrá corrido también ese infortunado joven, porque es provinciano é ignora, no sólo las costumbres, sino las calles de París; de modo que hasta se me figura que esta es la primera vez que ha pisado la plaza de Luis XV.

— ¡Ah! también mi hermana es de provincia, caballero.

— ¡Horrible espectáculo! exclamó el anciano apartando los ojos de un grupo de cadáveres amontonados.

— Entre ellos debemos rebuscar, observó el joven aproximando con resolución la linterna hacia los muertos.

— ¡Ah! tiemblo al contemplar esos horrores, porque soy un hombre sencillo, y la destrucción me causa una repugnancia que no puedo vencer.

— Lo mismo me sucedía esta mañana, caballero, pero he hecho el aprendizaje esta noche. Ahí tenéis un joven de diez y seis á diez y ocho años, que sin duda ha muerto de sofocación, pues no se le ve herida alguna. ¿Es el que buscáis?

El anciano hizo un esfuerzo y acercó su luz.

— No, no es él, dijo: el que busco es más joven, tiene cabellos negros y el rostro pálido.

— ¡Ay! replicó Felipe; todos son pálidos esta noche.

— Ya estamos inmediatos al Guarda-Muebles, que

no presenta en verdad pocos vestigios de la lucha : sangre en las paredes, despojos entre los barrotes de hierro, pedazos desgarrados de trajes pendientes de las lanzas del enverjado... Ya no sabe uno á donde dirigirse.

— Por aquí, por aquí estaba el mayor peligro, murmuró Felipe.

— ¡ Cuántos desastres !

— ¡ Ah !... ¡ Dios mío !

— Un pedazo de tela blanca debajo de estos cadáveres... Mi hermana llevaba un vestido blanco... Por piedad, dejadme vuestra luz.

En efecto, Felipe se había apoderado ya de un jirón de tela blanca, pero tuvo que abandonarlo, pues sólo podía manejar una mano, y la necesitaba para sostener la linterna.

— Es parte de un vestido de mujer, dijo, y está entre las manos de un joven... Se parece al traje de Andrea... ¡ Dios mío !... ¡ Andrea !... ¡ Hermana mía !...

Y el joven lanzó un grito desgarrador.

El anciano se acercó entonces y exclamó triste y dolorosamente :

— ¡ Es él !!!

Estas palabras llamaron la atención del joven.

— ¡ Gilberto ! gritó Felipe.

— ¡ Cómo, caballero ! ¿ Le conocéis ?

— ¡ Es Gilberto el que buscáis ?

Estas dos preguntas se cruzaron á un mismo tiempo.

El anciano cogió la mano de Gilberto, pero la encontró helada.

Felipe desabrochó el chaleco del joven, separó su camisa y le puso la mano sobre el corazón.

— ¡ Pobre Gilberto ! murmuró en seguida.

— ¡ Hijo mío ! añadió el anciano sollozando.

— ¡ Oh ! callad... respira... vive... os digo que vive, exclamó Felipe.

— ¿ Estáis seguro ?

— Segurísimo ; su corazón palpita.

— Es cierto... ¡ Socorro ! ¡ socorro ! repuso el viejo : allá abajo hay un cirujano.

— Socorrámosle nosotros mismos, caballero, pues he acudido á ese hombre y ha sido en vano.

— ¡ Oh ! pues tendrá que cuidar de mi hijo, dijo el viejo exasperado ; yo os lo juro. Ayudadme, ayudadme á llevar á Gilberto.

— Sólo tengo un brazo disponible, pero ese brazo es vuestro.

— Y aunque yo soy muy viejo, espero que el cielo me prestará fuerzas. Vamos.

El anciano cogió á Gilberto por los hombros, el joven abarcó con su brazo izquierdo las piernas de aquel infeliz, y de este modo le condujeron hasta el grupo que presidía el cirujano.

— ¡ Socorro ! ¡ socorro ! gritó el viejo.

— Primero los hombres del pueblo, contestó el cirujano, fiel á su máxima y seguro de que al expresarse así excitaba un murmullo de admiración entre cuantos le rodeaban.

— Traigo un hombre del pueblo, dijo el viejo con energía, aunque contagiado hasta cierto punto de aquella admiración general que producía en torno suyo el absolutismo del cirujano.

— Pues bien, repuso éste, primero son las mujeres, porque los hombres tienen más fuerza para soportar el dolor.

— Creo que bastará una sangría, observó el anciano.

— ¡ Ah ! ¿ todavía estáis aquí, caballero ? respondió

el cirujano, viendo á Felipe antes de haber reparado en su compañero.

Felipe nada contestó, y el anciano pudo figurarse que aquellas palabras se dirigían á él.

— Yo no soy caballero, replicó, sino un hombre del pueblo : me llamo Juan Jacobo Rousseau.

El cirujano lanzó un grito de sorpresa ; y haciendo una señal imperativa, añadió :

— ¡ Paso, paso al observador de la naturaleza ! ¡ paso al emancipador de la humanidad ! ¡ paso al ciudadano de Ginebra !

— ¡ Gracias, gracias ! contestó Rousseau

— ¡ Os ha acontecido alguna desgracia ?

— No á mí, pero sí á este joven : miradle

— ¡ Ah ! vos también, como yo, representáis la causa de la humanidad.

Conmovidó Rousseau con aquel inesperado triunfo, sólo pudo articular algunas palabras casi ininteligibles, y Felipe, lleno de respeto al verse en compañía del filósofo á quien tanto admiraba, se separó á un lado.

Gilberto, que seguía sin conocimiento, fué colocado sobre una mesa entre Rousseau y otras personas, y entonces se aprovechó el primero para examinar el sujeto cuyos auxilios facultativos había demandado. Era un joven poco más ó menos de la edad de Gilberto, pero sin el menor rasgo que revelase su juventud ; su rostro amarillento aparecía ajado como el de un viejo ; sus párpados sin vigor encubrían unos ojos de serpiente, y tenía la boea tореida como los epilépticos cuando se ven acometidos de su mal.

Con las mangas remangadas hasta los codos, con sus brazos empapados en sangre y revueltos en trozos de carne humana, más parecía un verdugo en el ejercicio de sus bárbaras funciones, entusiasmado con su

oficio, que un facultativo llenando su triste y santa misión.

Con todo, el nombre de Rousseau había ejercido en su ánimo tan poderosa influencia, que por un instante pareció que renunciaba á su brutalidad ordinaria ; levantó suavemente la manga de Gilberto, oprimió su brazo con una venda y picó la vena.

La sangre empezó á salir gota á gota, pero al cabo de tres ó cuatro segundos emanó ampliamente aquel licor puro y generoso de la juventud.

— Vamos, vamos, se salvará, dijo el cirujano, pero es preciso tener gran cuidado, porque el pecho ha padecido mucho.

— Sólo me resta daros las gracias, le respondió Rousseau, y elogiáros, no precisamente por la exclusión que hacéis en favor de los pobres, sino por los cuidados que les prodigáis. Todos los hombres son nuestros hermanos.

— ¡ Y también los nobles, los aristócratas y los ricos ? repuso el cirujano con una mirada que hizo brillar sus encendidos ojos, á pesar de los párpados que los velaban.

— También los nobles, los aristócratas y los ricos cuando padecen, contestó Rousseau.

— Perdonad, pero he nacido en Baudry, cerca de Neuchatel ; soy suizo como vos, y por consiguiente un poco demócrata.

— ¡ Un compatriota ! ¡ un suizo ! exclamó Rousseau. Vuestro nombre, caballero ; decidme vuestro nombre.

— Es oscuro, señor, pues pertenece á un hombre modesto dedicado siempre al estudio, aunque espera dedicarse como vos algún día á la dicha de la humanidad : me llamo Juan Pablo Marat.

— Gracias, señor Marat, respondió Rousseau, pero

al paso que ilustráis al pueblo acerca de sus derechos, no le excitéis a la venganza; porque si algún día llega á vengarse, á vos mismo os asustarían las represalias.

Marat se sonrió de un modo espantoso.

— An! dijo, si llegase ese día viviendo yo... si tuviese la dicha de presenciar ese día.....

Rousseau oyó estas palabras, y asustado del tono con que se habían pronunciado, como se asusta el viajero de los primeros truenos que preceden á la tempestad, cogió á Gilberto en sus brazos y trató de llevarsele.

— Dos hombres de buena voluntad para ayudar al señor Rousseau, dijo el cirujano; dos hombres del pueblo.

— Aquí estamos... aquí... contestaron diez voces.

Rousseau no tuvo más trabajo que escoger y señaló á dos robustos mocetones que al momento levantaron á Gilberto.

Al retirarse pasó inmediato á Felipe, y le dijo:

— Tomad mi linterna, caballero, pues ya no la necesito.

— Gracias, señor, gracias, contestó Felipe.

Y cogió la linterna alejándose al punto, mientras Rousseau se dirigía hacia la calle Platriere.

— ¡Pobre joven! murmuró el filósofo al verle desaparecer entre las calles llenas de escombros.

En seguida continuó su camino lleno de sobresalto, pues todavía resonaba vibrante en medio de aquel campo de muerte y de desolación la áspera voz del cirujano que gritaba:

— ¡Los hombres del pueblo! ¡Vengan únicamente los hombres y las mujeres del pueblo! ¡Maldición á los nobles, á los aristócratas y á los ricos!

## XXI

## La vuelta

Mientras que esas mil catástrofes se sucedían sin interrupción, el señor de Taverney escapaba como por milagro de todos los peligros.

Incapaz de oponer la menor resistencia física á la fuerza devoradora que despedazaba cuanto hallaba por delante, pero sereno y hábil, había sabido mantenerse en el centro de su grupo que iba rodando hacia la calle de la Magdalena.

Aquel grupo, tropezando con los parapetos de la plaza, estrellándose contra las esquinas del Guarda-Muebles, dejaba en sus flancos abundante número de heridos y muertos, pero había logrado, aunque diezmado, sacar su centro fuera de peligro.

Entonces la multitud de hombres y mujeres que componía el grupo se esparció por el boulevard para respirar un aire puro, lanzando mil gritos de contento.

El señor de Taverney, como todos los que habían llegado sanos hasta allí, se vió enteramente fuera de peligro.

Parecería increíble lo que vamos á decir, si no hubiésemos ya hecho conocer francamente á nuestros lectores el carácter del barón: en medio de los tormentos de tan tremenda noche, el señor de Taverney (Dios se lo perdone) no pensó más que en sí mismo.

Añadía el barón á su complexión poco tierna el ser